

En *Picnic frente al abismo*, Fernanda del Monte teje una experiencia literaria de muchas capas y recortes; con un lenguaje lírico y experimental, la autora despliega una temporalidad fragmentada en la cual los recuerdos, los sueños y el presente convergen en un instante. Un sentir existencial vertiginoso recorre estas páginas: la voz narradora se enfrenta tanto al peso de la cotidianidad y la repetición, como al precipicio del deseo y, también, a la contemplación que genera una temporalidad profunda desde los silencios vívidos.

La escritura de la autora aparece como un trance, un ritual de conciencia expandida donde lo real se entrelaza con lo imaginado; recorre sueños propios y ajenos, nutre su prosa de referencias culturales y filosóficas, otras escrituras y espacios reales y ficcionados. Cita como si construyera un tapiz de mundos que reverberan con los ecos de la hauntología.

Picnic frente al abismo no es un relato convencional, es un itinerario poético construido a partir de diversas temporalidades que posibilitan múltiples narrativas.

Picnic frente al abismo

Escrituras sobre temporalidad y ficción

Fernanda del Monte

vanilla planifolia



Cultura
Secretaría de Cultura



SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES

ARTIFICIAL
IA
DICTAMINADO POR
INTELIGENCIA

Picnic frente al abismo. Escrituras sobre temporalidad y ficción

D. R. © 2025, Fernanda del Monte

Coordinación y cuidado editorial: Rodrigo Fernández de Gortari
Revisión y cuidado editorial: Andrés Gordillo y Luis Ernesto Nava

Diseño editorial: Leonardo Vázquez
@ @macizo.com.mx

Collage de camisa: Selene Ramírez
@ @artificiopostal

Imagen de fondo de índice: “El sueño de la esposa del pescador” de Katsushika Hokusai, 1814

Primera edición:
D. R. © 2025, Vanilla planifolia, S. A. de C. V.

ISBN:

www.vainillaplanifolia.com / info@vanillaplanifolia.net

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2023

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización del editor.

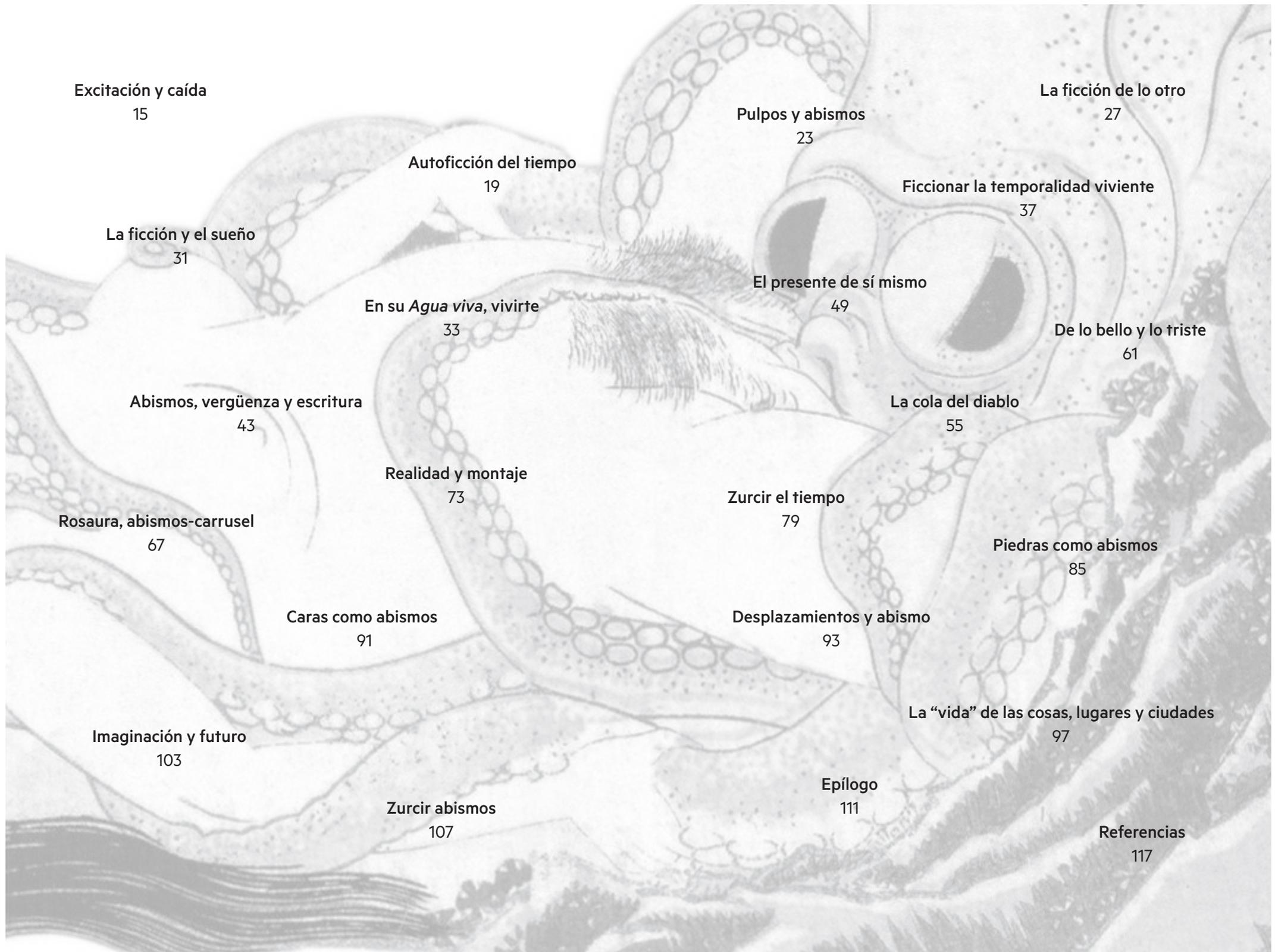
IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO / PRINTED AND MADE IN MEXICO

Picnic frente al abismo

Escrituras sobre temporalidad y ficción

Fernanda del Monte

vanilla planifolia



Excitación y caída

15

Pulpos y abismos

23

La ficción de lo otro

27

Autoficción del tiempo

19

Ficcionar la temporalidad viviente

37

La ficción y el sueño

31

El presente de sí mismo

49

En su *Agua viva*, vivirte

33

De lo bello y lo triste

61

Abismos, vergüenza y escritura

43

La cola del diablo

55

Realidad y montaje

73

Zurcir el tiempo

79

Rosaura, abismos-carrusel

67

Piedras como abismos

85

Caras como abismos

91

Desplazamientos y abismo

93

La "vida" de las cosas, lugares y ciudades

97

Imaginación y futuro

103

Zurcir abismos

107

Epílogo

111

Referencias

117

Quiero compartir a través de esta escritura, reflexiones sobre los lugares donde la narrativa de lo anterior, lo presente y lo imaginado constituyan el constructo de la ficción que se zurce de abismos creados en distintas temporalidades; recuperar el goce de divagar desde cuerpos abiertos, imperfectos y ambiguos para habitar las ficciones de las que están constituidos; que proyecten ficciones y temporalidades antes impensadas para abrir nuevos universos imaginativos que impulsen a transformar la realidad concreta devastada y acotada en la que vivimos.

“En un tiempo de reacción política y restauración, cuando la innovación cultural se ha detenido e incluso ha retrocedido, cuando ‘el poder... opera predictiva tanto como retrospectivamente’ (Eshun 2003: 289), una función de la hauntología es continuar insistiendo en que hay futuros más allá del tiempo terminal de la posmodernidad. Cuando el presente ha renunciado al futuro, debemos escuchar las reliquias del futuro en las potencialidades no activadas del pasado.”

MARK FISHER, *Los fantasmas de mi vida.*
Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos

Excitación y caída

“El entusiasmo inexplicable precede al accidente;
el naufragio de los sentidos, al de los cuerpos.”

PAUL VIRILIO, *Estética de la desaparición*

Estoy parada frente al abismo. Uno no cae al abismo así nada más. Mi cuerpo está frente al paisaje de árboles y edificios en el balcón de la casa de mi tía. Siento que voy a caer. Por muchos años tenía que cruzar el puente peatonal de Avenida Periférico frente a la pirámide de Cuicuilco y sentía que mi cuerpo iba a quedar desmembrado entre los automóviles. Siempre he pensado que moriré de una caída. De hecho he tenido varias caídas; he destrozado mi cuerpo de muchas formas. Son las caídas, una y otra vez, las que dan cuenta de la vulnerabilidad humana. Nos tropezamos, nos descompónenos, nos caemos, nos desvanecemos. La caída tiene que ver con un cierto límite del cuerpo. “Se desvaneció”, dicen cuando alguien se desmaya, y cae. El desvanecerse tiene dos acepciones que me encantan, por un lado significa caer, por otro lado significa desaparecer. Que la materia de la que está hecho un cuerpo se desmiembre, se desarticule, lo hace aparecer. La caída al vacío, al acantilado, tiene que ver con desvanecerse. Y al tiempo que es parecida la sensación de enfrentarse con un final, con la muerte, aparece otra opción: la de esperar y sentir el vértigo. Hace muchos años escribí un relato de ficción llamado “El vértigo de un acantilado”. En el cuento el personaje está al filo de la muerte frente al mar, siente el viento sobre la cara, el atardecer, las nubes oscuras y decide, a pesar de todo el fracaso que siente sobre sus hombros, quedarse parado frente al acantilado. Sentarse un momento. Esperar.

Ahora que lo pienso, quizás el personaje está optando por la disminución. Parece que en estos tiempos lo que hace falta es hacerse menos, en el sentido de disminuir el impulso, dejarlo estar, un rato. Crear momentos. Pararse frente al abismo, observarlo.

Ese momento es similar a la espera de la entrada al escenario. Con la sensación de mareo que antecede el desvanecimiento del cuerpo o al lanzarse. El tiempo aparece en ese segundo antes de comenzar a correr, ese instante que viene antes de decir “no”, o el de cerrar un puerta. Ese instante es el que construye el vértigo. Ese que siento en los puentes o al filo del balcón.

En el mareo de ese instante, no solo se modifica la percepción del espacio y el tiempo, también del yo: por muchos años de mi vida ese instante definió mi identidad. Era ese instante que buscaba, compulsivamente. Lo entendí muy bien cuando, de regalo de cumpleaños de catorce años, le pedí a mi madrina que me regalara un viaje para volar en ala delta. Volé, me suspendí con la ayuda de un instructor sobre el aire por alrededor de cuarenta minutos: la sensación de libertad del cuerpo flotando en los aires me permitió percibir otro planeta porque las dimensiones temporales, de espacio y distancia cambiaban completamente. Me imaginé pájaro, me imaginé máquina, me imaginé alada.

Entre el viento y su expansión. Hacia fuera pero también hacia dentro del cuerpo. Hace cuatro años, por el dolor que tenía en el cuerpo, sentí que me hundía en mi propio ser. Estaba dormida y al no poder despertar y mover mi cuerpo, sentí claramente que me estaba cayendo dentro de mí. Sentí un abismo dentro. Es difícil explicar una sensación corporal de una imagen onírica, pero era eso: un vacío por el que caía. Estoy convencida que estaba muriendo. Me grité por dentro que yo no podía irme todavía. Cuando logré despertar, sabía que no había sido un sueño, el cuerpo me temblaba, sentía demasiado dolor, pero me prometí que saldría de ese dolor y que cambiaría de vida para siempre.

No tengo explicación a ese acontecimiento, lo que sí sé es que he sentido muchas veces, desde joven y hasta ahora, que caerse y desvanecerse, a veces, es la única manera de recuperarse.

Quiero ir a ese lugar desvanecido con la escritura, hacer comprender que lo que sucede desde el cuerpo no es lo mismo que la acción que articula la mente frente a los acontecimientos. Que la sensibilidad frente al tiempo está vinculada a la percepción y el movimiento de los órganos en el cuerpo, de los brazos y las piernas, del movimiento del cuerpo en el espacio, como lo es el aleteo de los colibríes cuando se posan frente una flor. Ese aleteo es perfecto para sostener sus cuerpos en movimiento y al mismo tiempo fijarlos en el espacio para poder nutrirse. Ese ser ahí, ese estar en movimiento y fijo es lo que produce temporalidad, tanto de mi ser observante, como el de las aves que producen un instante que podría decirse es “mágico”: la palabra encantar tiene que ver con esa sensación que produce la temporalidad de estar fijado y en movimiento a la vez, de estar a la orilla del acantilado, sentir el vértigo y la caída posible. Ese instante es lo temporal y, por tanto, es también el inicio de la ficción. Ese estar a la orilla del abismo y hacer un picnic es generar el espacio que posibilita la sensación y, por tanto, la vivencia de existir entre un aquí y un allá, es la complejidad entre sensación y lenguaje; es la articulación doble del movimiento de la película. Es lo que se denomina en los estudios de la performatividad, espacios liminales. Hacer un picnic frente al abismo es una propuesta de un vaivén escritural, entre la sensación de mi propio cuerpo en la construcción de abismos, en la sensación de volar para sostenerme y en la reflexión sobre el momento en el que construimos la ficción, tanto como lectores, como escritores o como seres vivientes.

Para ello hay que caer o, al menos, tener el impulso de hacerlo. Caminar por la orilla, sentir el vértigo, el mareo; en el

artificio del sueño, donde es posible observar, escuchar y oler los contornos del imaginario, el recuerdo y el futuro, instantes donde pensamos que soñamos y arrastramos a la vigilia todas esas imágenes posibles de estar en otro lugar para construir visiones sensibles que proyecten una verdad invisible en este plano: a esa creación le llamó Friedrich Nietzsche imágenes de ensueño, imágenes veladas.

Autoficción del tiempo

Estoy sentada del otro lado de la fuente, hay personas caminando frente a mí. Esos cuerpos limitan la mirada sobre la fuente que tiene una escultura de mujer que sostiene un arco y una flecha. La siento lejana, perteneciente a otra dimensión. Yo estoy esperando que mi amigo venga a mi encuentro. Cambia la mirada, ahora veo esos cuerpos reflejados en enormes vidrios y a los automóviles dando vueltas en círculo. Siento que esos automóviles son Sísifos, repiten, una y otra vez, el mismo ciclo y, en ello, se construye el sentido de la realidad y del tiempo infinito.

El encuentro sucede. A veces me pasa que cuando intento articular mi sentir con palabras, siento vibraciones internas que me producen náusea. Mi cuerpo tiembla. Sé que no se nota exteriormente. Es como tener frío y que el cuerpo, al querer adecuarse al ambiente intente regularse. Así me sucede cuando tengo que hablar de mi sentir frente a otro. En la imposibilidad de poder continuar el vínculo me voy convirtiendo en una ficción.

Me he vuelto Momo. Ese personaje creado por Michael Ende. Pero en mi versión me convierto en una caricatura, siento que soy una Momo beckettiana. Una Momo que se sienta a esperar. No hay trama en esta Momo, solo estoy ahí frente a ese otro cuerpo tomando café. Sentada en el filo de un pedazo de concreto, sintiendo el café con leche entrar por mi traquea mientras él me mira fijamente. Le he dicho ya muchas palabras. No puedo leer su mente ni su mirada. Está fijo, y de sus cabellos comienzan a salir ramas. Es un árbol. Está en una estación invernal aunque no sea invierno. Su corteza es gruesa.

Soy una caricatura de mí. Veo mis pensamientos escribirse al tiempo que los expreso. Me gustaría decirle que se ha vuelto un árbol y que detrás de él hay una energía que puedo ver ondulándose alrededor de su corteza. Construye nuevas capas, raíces, si no se mueve se va a quedar plantado ahí.

Si eso es así, tengo que irme. Nos levantamos. El vínculo se ha esfumado. He pasado por otros momentos así, en mi vida. Siento un halo en el medio de los cuerpos. Como un magma que comienza a crecer entre mi cuerpo y el espacio, él, la calle y el café. Mi sentir es que este hombre está siendo arrastrado por otras fuerzas. Como en la historia de Momo: observo e imagino a dos fantasmas grises que jalan su cuerpo hacia el pavimento.

Yo al mismo tiempo vuelo hacia un jardín aéreo. Llevo un vestido imaginado de niña. Tengo un muñeco. Es un animal interplanetario. Veo a los gatos caminar. Su gato se sube en mi cuerpo, viene a mí. Se ha abierto en mí un abismo del que salgo introyectada hasta el sillón de mi nueva casa. Entre un sillón y otro hay solo un espacio emocional que zurcir. Me quedo ahí observando. No hay nada que hacer más que dejar que las fuerzas del mundo hagan su recorrido, muevan esos cuerpos en el espacio. Se vayan a donde se tengan que ir. La fuente sigue ahí. El agua sigue entrando y saliendo sin parar. La escultura de la mujer existe. Puedo sentir los pensamientos de mi amigo a la distancia, me avisa que se irá. Luego me cuenta que se irá.

Días después, al caminar la ciudad siento que soy la única, que solo soy yo, que no hay otro. Como si fuese invisible. Como si viviera en otra dimensión. Yo los observo, pero ellos no a mí.

Deseo el sueño. Cuando despierto siento que no he estado dormida. Como si estuviese haciendo un trabajo en otro lugar.

Porque Momo es la tortuga también. Soy la posibilidad de la representación ficcional también. Momo que flota. Momo que trae hacia sí las tazas de café tomadas en todos esos días y noches. Momo que flota entre un piso y otro. Sigue flotando

por la ciudad, pero está dormida. Sueña que flota y vuela y entra y sale de todos los lugares. Está tan distante como una estrella que amplifica los horizontes cósmicos. Recupera su identidad. Es Momo intergaláctica y tortuga cuántica.

Pasaron los meses como si fuesen las horas de una noche. El trabajo de observación está hecho. Los hombres siguen vendiendo su tiempo a los hombres grises. Las bombas siguen destruyendo y matando sin cesar. El mundo se autodestruye.

En el anfiteatro estoy: entre árboles, pájaros, aviones, aire, cielo, nubes y minutos. Una Momo introyectada: “Y cuando escuchaban los acontecimientos conmovedores o cómicos que se representaban en la escena, les parecía que la vida representada era, de modo misterioso, más real que su vida cotidiana. Y les gustaba contemplar esa otra realidad.” Escribe Michael Ende, en *Momo*.

Como Momo intergaláctica ahora me desmotorizo. Dejo la máquina. Vuelvo al sillón. Ahora hay un sillón. Hay unos gatos. Hay un espacio; observo a los colibríes tomar néctar, jugar entre ellos.

Una capa, como una especie de lama, se construye alrededor de mi cuerpo. Se resbala el tiempo, las palabras, como si quedara en la tina flotando en el agua. Sigo esperando a la tortuga.

Las representaciones son potentes cuando se las deja que habiten en la psique. Ayer por la noche recordé que había un video de Dave Matthews Band sobre *Momo*, se llama *Dreamgirl* y es sobre una mujer que está siendo perseguida por los hombres grises, pero desaparece de un espacio y aparece en otro. Hay un hombre que le dice que es solo un sueño. Y como Rosaura, en aquella obra de Pier Paolo Pasolini, la Momo del video despierta una y otra vez, hasta que despierta en una casa moderna con un esposo que está por irse a trabajar y me recuerda a cuando Rosaura despierta en el campo de concentración en la obra de Pasolini.

Ayer por la noche murieron otras decenas de personas en campamentos, ya inframundos de tristeza abisal.

Momo despierta. Concibe el mundo como un jardín. Es posible. No se ha secado su corazón ni su deseo. Solo ha trasladado su intuición hacia otros espacios. Observa con el rabillo del ojo a la tortuga. Ella está ahí, es también otra. Soy el artificio de otro, en el momento que alguien lee: Autoficción del tiempo.

Pulpos y abismos

En el transcurso de estos textos, las temporalidades y los espacios están expuestos de forma aleatoria. Como sucede con las introyecciones y los espacios de la ficción que se construyen en nosotros. La trama ha sido la estructura para dar sentido a los acontecimientos, pero sabemos que no es la forma en la que realmente construimos la experiencia.

Tengo introyectada la imagen de “El sueño de la esposa del pescador” de Hokusai, o de la mujer y el pulpo como mejor la recuerdo. Los colores de la imagen me llevan a una dimensión suave y deseada.

Los pulpos no solo representan, como en la imagen de Hokusai, el placer que el pulpo está provocando en la mujer, sino la idea de lo tentacular. Un pensamiento expuesto por Donna Haraway en algunos de sus escritos y que yo he llevado a mis manuales de creación.

El placer de lo tentacular, tiene que ver con el placer de lo expandido. Imagino entonces un pulpo, un abismo, un *picnic* y cuerpos. El tiempo convertido en manos y pies, en besos y sonrisas, en noches y pieles, en sueños y pulpos.

Un principio de un relato podría pensarse como: Estoy en la arena, mis pies tocan el agua del mar, hace calor, de pronto veo una suerte de tentáculos comenzar a tejer unas sandalias sobre mis tobillos; la suavidad de esos tentáculos me dan placer. Me jalan hacia el mar, me muevo un poco. Siento el agua del mar hasta mi cintura, él me toca las entrañas, introduce un tentáculo en mi, juega con el movimiento de mi cadera. Estoy ahí observando el horizonte. Después de un rato, termino y él se retira. Ha sido todo muy suave y tranquilo.

Los cuerpos sienten de formas tentaculares, sienten de formas multiorgásmicas. Los orgasmos se expanden por todo el cuerpo, dan cuenta de que el cuerpo no termina en la piel, sino que es un cosmos interior lleno de electricidad y placer.

Hay otra imagen del pulpo y el mar: la del marinero que se enfrenta a un pulpo gigante que he visto ilustrado en varios libros de ciencia ficción. Entre la violencia y el erotismo quizás hay una posición que elegir: dejarse envolver o matar a lo diferente.

Si fuese este texto el inicio de un relato realista, tendría que comenzar de la siguiente manera: estoy comiendo pulpos con papas en una mesa con mantel blanco, frente a mí está Daniel, su esposa y detrás de ellos los ventanales que dan hacia el mar de Ribadeo, Galicia. He venido a ver si acaso puedo encontrar algún rastro de la familia de mi abuelo paterno.

Las formas del recuerdo se tejen de maneras improvisadas y aleatorias. Los artistas que trabajan con símbolos piensan que es el inconsciente el que une esas imágenes. Hace veinte años recorría el pueblo de mi abuelo, el padre de mi padre, sobre quien intenté escribir una novela, infructuosa, porque contenía pasajes ficcionados de una realidad a la que no pude tener acceso.

Ribadeo en cambio, se me ha quedado impregnado en el cuerpo. Puedo sentir los espacios como algo increíblemente potente: el café donde escribía por las mañanas tenía terminados de caoba, los sillones de terciopelo verde donde me sentaba eran muy cómodos y el movimiento lento y vacío de aquel café creaban una atmósfera fuera del tiempo. La luz que entraba por el ventanal era de ensueño. Puedo sentir todavía las calles de piedra que llevaban a casas abandonadas, el camino hacia el faro. El viaje hacia la playa Os Catedrais, las caras de las personas: arrugadas, rudas, frías.

Las historias que me contó aquel dramaturgo, Daniel Cortezón, me traen la sensación de la gentileza de una vida. No

era tan importante lo que me contaba sobre mi familia. No había mucho que contar en realidad. Era mucho más interesante el disfrute que él tenía contando historias, tanto de la familia de mi abuelo, como de su propia vida.

Entendí que quería trasmitirme una idea sobre Galicia, una Galicia que sí existe, que vive, que se mueve, saber que sus palabras se quedaron impregnadas en mí, eso es lo que me llevé de aquel viaje. Que lo que aprehendí no fue sobre la historia familiar, sino conocerlo, recorrer esos lugares, sentir una familiaridad alejada, como viniendo de otra dimensión, al tiempo que comprendí cómo los lugares son los que nos transforman.

Entendí que las migraciones cortan continuidades porque tejen puentes múltiples, que no hay una razón explícita acerca de por qué fue como fue.

Hay cientos de posibilidades de ficción a partir de un acontecimiento; a partir de un viaje, de un encuentro. Lo que decidimos contar es solo una traza de lo múltiple. Es por ello que el pensamiento genera un placer tentacular, como aquel enorme pulpo sobre el cuerpo de la mujer en la imagen de Hokusai: la construcción fabular es múltiple y por tanto profunda y expandida. Que mis recuerdos sobre aquellos abuelos que no conocí están contruidos de ficciones escritas por mí y para mi familia, y que cuando recorría las calles de Ribadeo, entraba en aquellos cafés, o me recuerdo sentada en el pasto verde frente al faro, recuerdo sentir la libertad fantástica que implica la mirada al mar, a la inmensidad, a sentirse pequeña frente a un planeta incommensurable e inenarrable, y que eso era muy parecido a las noches que pasaba enredada entre su cuerpo y soñaba despierta.

La ficción de lo otro

Supongamos que vivo en *Los diarios de Emilio Renzi*, de Ricardo Piglia. Al leer sus páginas, recorro Mar del Plata y me encuentro con las jóvenes en el cuerpo de él; vivo en la piel de un hombre. Por transferencia pienso como el personaje. En los minutos que dura la lectura me lo pego un poco al cuerpo y me lo llevo en mis ensoñaciones nocturnas.

Siento la luz que entra por los vagones reflejada en un saco de pana de los años setenta y leo lo que él leía. Amo a Juan Carlos Onetti como él lo hacía y vivo en aquel cuarto de estudiante como él, y su autor, pues también el escritor se desplaza en su propio personaje, siendo él también una autoficción.

Soy Vivian Gornick, su representación ficcional: duermo junto a su familia en aquel departamento de Brooklyn. Vivo en otra ciudad con sus edificios grandiosos y empobrecidos al mismo tiempo, camino en sus zapatos por esas calles, escucho a los y las migrantes hablando otro idioma; tengo la experiencia del humo de los cigarros mientras habla con su madre, habito otra vida lejana a mí en tiempo y espacio. Tengo otra estatura, otras facciones.

Estoy sentada en un departamento en Milán, cuatro jóvenes que fuman hachís me reciben. Hablan apasionadamente de un filósofo: Jacques Derrida, y de otro Michel Foucault, mientras posan sendos platos de pasta sobre una mesa de jardín, hacemos un picnic dentro del departamento. La mesa está cubierta con un mantel de cuadritos blancos y rojos que le da un tono lúdico al espacio del comedor en un departamento oscuro y enorme. Y como si estuviéramos en el parque, aunque es pleno enero y hace demasiado frío, comparten y me comparten la noche y la comida. Las miradas de ellos sobre mí es de sorpresa.



Picnic frente al abismo

Escrituras sobre temporalidad y ficción

Fernanda del Monte

Para el cuerpo de texto se emplearon las tipografías Lyon Text, diseñada por Kai Bernau y para los títulos Metric, diseñada por Kris Sowersby

Fue impreso en junio de 2025 en los talleres de Solar Servicios Editoriales, S. A. de C. V.

El tiraje fue de 300 ejemplares

Fernanda del Monte

Escritora, dramaturga, dramaturgista e investigadora. Es Magister en Dramaturgia por la Universidad de las Artes en Argentina y Doctora en Teoría Crítica, por el Instituto de Estudios Críticos. Creadora de piezas performativas, digitales y escriturales, sus proyectos se ubican entre el ensayo académico, la ficción y la dramaturgia en distintos medios y formatos.

Sus líneas de investigación y creación se despliegan en el cruce de distintas textualidades tanto en el teatro performativo y postdramático, como en la relación entre la escritura, el cuerpo y las mediaciones.

Sus piezas y textos han sido traducidos al portugués, inglés, francés e italiano y se han publicado y llevado a montajes y espacios virtuales en Estados Unidos, Colombia, México, Argentina, Bolivia, Costa Rica, Chile, España, Italia y Brasil.

Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (2019-2022). Obtuvo el Premio Internacional de Ensayo Teatral, Paso de Gato-INBAL-CITRU-ArtezBlai y el Premio Airel de Teatro Latinoamericano de la Universidad de York en Canadá. Ha sido apoyada por las residencias Iberescena y CALQ en Quebec.

